



“Aquello que amo vive tan lejos de mí mismo, que alzo con todo ardor mi canto desde la roca hacia ello, tan lejano, allá bajo...”

“Der Hirt auf dem Felsen D 965”, texto de Wilhelm Müller/Helmina von Chézy, música Franz Schubert

La Marsellesa, o el inmenso poder de la música

In memoriam de las víctimas de los atentados terroristas de París, 13 de noviembre de 2015

El pastor en su roca no puede, aunque a veces lo desea, permanecer ajeno a la realidad mundana. En especial cuando esa realidad llama a la puerta con extrema violencia y de modo tan trágico como el pasado 13 de noviembre de 2015, afectando a su sensibilidad y a su capacidad de reflexión y de empatía. El pastor en la roca ha de asomarse al mundo y ponerse a disposición de sus compañeros de viaje en la experiencia humana, que nunca está exenta de luces y sombras, de alegría o sufrimiento. Y el pastor entonces debe reflexionar para tratar de comprender, y se vale de la música como gran aliada para vivir con más sentido y lucidez esa realidad.



El gran escritor austriaco Stefan Zweig nos relata con su magnífica prosa y su proverbial sentido e instinto narrativo en su libro *Momentos estelares de la Humanidad* la fascinante gestación del himno más famoso de la historia -dentro de una realidad histórica cargada de himnos y banderas de dispar trascendencia y dispar caducidad-, es decir, *La Marsellesa*. Su autor, Rouget de Lisle, un compositor de más oficio que finura, se ha erigido, sin embargo, como el genial artífice de una eficaz pieza musical perfecta en su concepción -y ejecución- y absolutamente trascendente en su repercusión, siempre símbolo del canto a la libertad -y a la igualdad y fraternidad- que se ha convertido en nuestros días, después de los trágicos acontecimientos del pasado e infausto 13 de noviembre de 2015, en algo más que un himno y en un ejemplo palmario del inmenso poder de la música.



Rouget de Lisle.

las lágrimas de *La Marsellesa*, esa marcha patriótica y revolucionaria, realmente triunfal y exaltada, pero que en esos momentos aciagos se convirtió por imperativo de la realidad y magia de la existencia humana en un lóbrego canto elegíaco y, sin embargo, por qué no decirlo, reivindicativo de los valores políticos y cívicos europeos. El pastor en su roca canta y alaba todo tipo de melodías que tengan “sentido y sensibilidad” y los bellos himnos nacionales europeos no son una excepción. Pero *La Marsellesa*, más allá de su carácter de himno patriótico revolucionario -ha sido usada por todo gobernante francés, incluso por Napoleón

en su época imperial en la que sometió a Europa y sus monarcas a sus dictados- tanto convencional, un tanto ramplón, un tanto tumultuario y relativamente bronco o áspero -pese a cierto lirismo en su parte central en modo menor-, tiene algo especialísimo, un indudable efecto catártico que la distingue de todo himno: es no solo el himno de un estado, de un país, de una nación (Francia), es el himno de la República, entendida como la más noble expresión de la cultura democrática europea y como el régimen político ideal de los ciudadanos libres e iguales. Además, se trata de un himno de un cálido componente humano, fraternal, profundamente emotivo, no por su grandilocuencia, sino por su humanidad. Solo la “*Oda a la alegría*” de la *Novena Sinfonía* de Beethoven -y Schiller-, no siendo un himno, supera en intensidad musical y emocional a *La Marsellesa* y, por eso, con buen criterio, se ha convertido en el himno oficial -arreglo de Herbert von Karajan, espléndido- de la Unión Europea; representa lo mejor de Europa: la música y los valores democráticos. No es probable que Beethoven tuviera en mente el himno de una nación extranjera para servirle de modelo inspirador en su



La libertad guiando al pueblo, de Eugène Delacroix.

trabajo compositivo, pero es inevitable lanzar la hipótesis de que en esos ocho o nueve meses en los que, al parecer, el gran sordo estuvo “buscando” la freudensmelodie -la inmortal melodía del “*Himno a la Alegría*”, no se valiera del carácter, del fuste y de la eficacia del famoso himno francés como ejemplo catalizador y “disparador” de la emoción

humana, basada en compartir conceptos como la hermandad, la solidaridad, la fraternidad entre los hombres, etc. Pero es inevitable apostillar a lo anterior esta pequeña reflexión del pastor para afirmar que lo explicado anteriormente no es fruto de una relativa o remota casualidad. Para ello, queridos lectores melómanos, permitanme



Rouget de Lisle cantando La Marsellesa.

que recurra al cine, el séptimo arte. Todos recordamos esa emotiva escena del film *Casablanca* (1942) de Michael Curtiz, joya del cine americano, joya de Hollywood, la más grande película comercial -ya un clásico- jamás rodada, donde se relatan en inmortales secuencias cinematográficas llenas de glamour eternas e irresolubles pasiones humanas de pequeños personajes que se desgañan como en un guiñol en un apocalíptico mundo en guerra, cuya agobiante y dramática realidad les supera y les abrumba. En esa película, idolatrada por los románticos, los idealistas y los soñadores, la auténtica emoción llega cuando en el café del escéptico Rick -americano libertario que está de vuelta de todo- *La Marsellesa* es cantada por la cantante del café -harta de tanto oficial alemán- y por los clientes del local, con el beneplácito del patrón americano, en un ingenuo pero emocionante crescendo hasta imponerse y acallar una insulsa y autoritaria canción militar prusiana. La libertad -encarnada en una pieza musical- se impone al totalitarismo, la emoción exaltada de la libertad, a la rigidez del autoritarismo. Se trata de una escena rodada en 1942 que se nos antoja hoy profética y muy plausible, pero en aquellos momentos muy arriesgada, ya que más bien el nazismo estaba ganado la II Guerra Mundial y no estaba todavía claro que la libertad triunfaría y el estado nazi sería derrotado y destruido. Pero, en efecto, la libertad finalmente triunfó, gracias a un gigantesco esfuerzo bélico, aupada y apuntalada por el inmenso poder de persuasión y convicción de la música, bien entendido que no se trata de que cantar significase automáticamente alcanzar una victoria política o militar; sino que la convicción, la autoconfianza, y la seguridad en el propio valor que aporta la música dota al ser humano de una resolución indispensable para vencer. Y observa además este humilde pastor schubertiano algo importante, ténganlo en cuenta, queridos lectores: los sanguinarios terroristas del estado islámico carecen de un himno que les catapulte a la victoria. Únicamente disponen del tableteo de sus letales armas. Pueden causar y causan un inmenso dolor, siegan vidas, pero no pueden segar ideales, ni principios, ni valores. Por el contrario, los franceses, los europeos, contamos con *La Marsellesa* y con el bagaje de siglos y siglos de música y de cultura para armarnos, únicamente, de razón. Y la libertad, como la música, triunfará inevitablemente sobre el silbido y el repiqueteo de las armas y su sed de sangre. ■